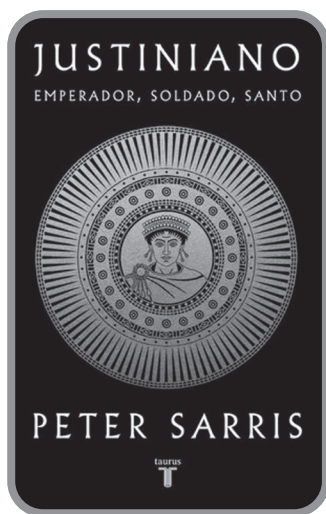


## *Justiniano: Emperador, Soldado, Santo*

Peter Sarris (2024)

Traducción de Pablo Hermida y Raquel Marqués

Editorial Taurus, Barcelona, 480 pp. ISBN: 978-84-306-2670-0



Peter Sarris se ha perfilado durante los últimos años como uno de los mayores expertos a nivel mundial en el estudio de la época del emperador Justiniano (r. 527-565). Una de sus grandes obras al respecto es *Economy and Society in the Age of Justinian* (Cambridge University Press, 2006), a la cual pronto sumaría una traducción al inglés de la *Historia Secreta* de Procopio de Cesarea (Penguin Classics, 2007) y una traducción al mismo idioma de las *Novelas* de Justiniano (Cambridge University Press, 2018). Buscando coronar una carrera dedicada al estudio del periodo, ha publicado su obra más reciente en un proyecto que ha condensado mucho de su trabajo anterior: una biografía de Justiniano, *Justinian: Emperor, Soldier, Saint* (Basic Books, 2023). La traducción al español, publicada por editorial Taurus, tardaría apenas un año en llegar, lo que en el campo de los estudios bizantinos y medievales podría ser considerado un gran logro digno de celebrar, considerando que muchos de los libros que podríamos considerar clásicos en esta disciplina nunca

recibieron la atención suficiente o el mercado apropiado para llegar a tener una traducción al español.

La obra se presenta como el fruto de reflexiones surgidas en 2020 a propósito de la pandemia de coronavirus, considerando que el gobierno de Justiniano igualmente se vio enfrentado a la letal pandemia, en su momento, de la peste negra. La principal pregunta que plantea el autor para el desarrollo del libro es: ¿arruinó Justiniano el imperio que se había propuesto restaurar?

La primera parte del libro está dedicada a una exhaustiva contextualización que permite conocer las circunstancias previas a la llegada de Justiniano al poder. Es exhaustiva, pues inicia con la crisis del siglo III, pasando por temas como la Tetrarquía, la llegada de Constantino I el Grande al poder, la relación del imperio con los pueblos bárbaros y la división del imperio en dos mitades, occidental y oriental y la caída del imperio occidental en 476. Asimismo, incluye un panorama general de lo que fue la situación de la Iglesia cristiana antes de Constantino, así como de las principales discusiones y querellas teológicas que se dieron en los siglos IV y V, tales como el arrianismo, el nestorianismo y el monofisismo.

Una de las “debilidades” de la obra, si se le puede llamar así, tiene que ver con el abordaje que se hace de las materias teológicas en esta primera contextualización, con algunas inexactitudes o vacíos, que, aunque pueden parecer pequeños o que no determinan el desarrollo del resto de la obra, sí se pueden considerar sustanciales cuando se estudia el periodo desde la perspectiva de la Historia de la Iglesia. Por dar algunos ejemplos: se señala a Nestorio, derrotado en el Concilio de Éfeso (431) como representante de una teología “diofisita” (p. 47), a la vez que se omite mencionar que el “diofisismo” —o la creencia en las dos naturalezas en Cristo— también es parte de la enseñanza del cristianismo ortodoxo, habiendo una diferencia en la concepción de cómo las naturalezas se unen en la persona de Jesucristo, pero coincidiendo ambas en la creencia de las dos naturalezas: humana

y divina. Por otro lado, la postura de San Cirilo de Alejandría, el gran rival de Nestorio y vencedor en Éfeso, es designada como “miasismo” (p. 47), aunque tampoco se menciona que la postura afirmada por ese concilio fue el “diofismo” ortodoxo y no el miasismo, hoy representado por otras comunidades cristianas orientales. Lo anterior no ayudaría a explicar el descontento surgido entre las comunidades miasitas de Egipto y Siria y la posterior convocatoria del Concilio de Calcedonia (451). Este último se menciona como “un intento de establecer un pacto conciliador” (p. 47) y no como una respuesta ante el estallido de la querella monofisita/miasita. Se menciona que San Cirilo de Alejandría y sus partidarios se negaron a aceptar el Concilio de Calcedonia, ocurrido en 451, aun cuando la sede de Alejandría era ocupada en ese momento por Dióscoro I (444-454), habiendo fallecido San Cirilo varios años antes. Fuera de estas inexactitudes, la obra es bastante precisa en lo que avanza el siglo V y entra en el VI.

La primera parte se completa con un capítulo dedicado al ascenso de Justino —el tío de Justiniano— desde la pobreza a la riqueza durante el gobierno de los emperadores Zenón (r. 474-475 / 476-491) y Anastasio I (r. 491-518) y otro capítulo que se encarga del reinado de Justino (r. 518-527) y el rol que tuvo Justiniano en este, donde se empiezan a vislumbrar notables rasgos de la personalidad de este último. Se mencionan cosas casi anecdóticas como la correspondencia entre Justiniano y el papa romano Hormisdas, en la cual el futuro emperador entraba en profundas discusiones teológicas, algo que lo distinguía del resto de la nobleza bizantina y que iba a marcar en adelante su carácter. Finalmente, aparece por primera vez Teodora, la futura emperatriz consorte de Justiniano. Se discuten sus orígenes no sin entrar en las leyendas al respecto y se describen todas las maniobras de Justiniano para lograr casarse con ella justo antes de consolidar su posición como sucesor y asumir el trono en 527.

La segunda parte de la obra comienza con el gobierno de Justiniano recién ascendido al trono. Es el momento en que entra en escena un personaje tan relevante como Belisario, hombre de armas que supo captar

la atención de un emperador muy hábil a la hora de reconocer talentos. Aunque algunas partes transcurren sin mayores novedades —como el relato de los primeros enfrentamientos contra los persas, los desafíos que representaba el territorio occidental del imperio en los Balcanes, la situación de los reinos bárbaros en lugares como Italia y el norte de África o la revuelta de Niká de 532—, sí que se presentan muchos aspectos novedosos, además de curiosos, sobre la reforma del Derecho emprendida por el gobierno de Justiniano, apareciendo un personaje tan relevante como Triboniano, del cual se entregan muchos detalles. Se trataba de una legislación, que además de sofisticada, era profundamente religiosa —un elemento clave en el resto de la obra— y se manifestaba en una persecución contra grupos disidentes como paganos, herejes, críticos del gobierno y otras minorías. La información sobre la gran cantidad de leyes promulgadas por Justiniano busca sorprender, no por su número, sino por la articulación que hace Peter Sarris para explicar la agenda tras ellas. No se trata de una simple reforma para mejorar el Derecho romano, sino de un plan con un objetivo de Estado que se irá desentrañando en las páginas restantes del libro. Esta segunda parte finaliza abordando la respuesta de Justiniano tras la revuelta de Niká y su deseo de construir una nueva Constantinopla, una ciudad cristiana que representara el cielo en la tierra.

La tercera parte de la obra aborda temas bien conocidos de la literatura sobre Justiniano, que igualmente transcurren sin mayores sorpresas, con sendos capítulos dedicados a la campaña africana, la conquista de Italia y los desafíos, especialmente económicos, enfrentados por el emperador para poder sustentar la guerra con el apoyo de sus súbditos. Sin embargo, el capítulo que cierra esta parte, puede considerarse el más novedoso y el corazón de este libro. Titulado “La ‘República Ortodoxa’” (cap. 12), gira en torno a los ideales y los propósitos más ambiciosos del emperador. Uno de los temas principales tratados es lo que el autor titula “piedad y persecución”, donde vuelve a las leyes como uno de los medios utilizados por Justiniano para perseguir a grupos como judíos, paganos y herejes, sin que

sus motivaciones y su abundante promulgación de leyes dejara de tener un matiz profundamente religioso unido a una personalidad devota. El objetivo de Justiniano es establecer una “república ortodoxa”, un Estado confesional donde toda otra manifestación queda marginada. La segunda mitad del mencionado capítulo trata sobre el gran interés puesto por Justiniano en las discusiones teológicas del momento, claves para la realización de su proyecto: la doctrina teopasquita, su condena de los denominados “Tres Capítulos”, sus intentos de traer de vuelta a los cristianos no-calcedonios, su disputa contra el papa Vigilio de Roma y la convocatoria del Quinto Concilio Ecuménico en 553. Incluso con las grandes novedades de este capítulo que ilustra los brillantes movimientos de Justiniano en materias teológicas, sorprende la ausencia de la discusión suscitada por el “origenismo”, el cual estuvo en el centro de los debates del concilio de 553.

La cuarta parte nos narra lo que Sarris llama el “derrumbamiento”, centrándose en temas como la llegada de la peste, el nuevo ataque de los persas, las intrigas de la corte y los polémicos escritos de Procopio de Cesarea, el final de la guerra gótica en Italia y la muerte de Justiniano. El emperador dejaba a su sobrino, Justino II (r. 565-578), un imperio extenso, difícil de gobernar y cuyo dominio del Occidente era de pronóstico reservado. El capítulo final del libro, titulado “Los legados imperiales” (cap. 17), se complementa perfectamente con aquel sobre la república ortodoxa. Este aborda la memoria de Justiniano en la Edad Media, tanto en el Oriente como en el Occidente, mostrándola como algo ambivalente, donde muchos se habían olvidado prácticamente del emperador, mientras que unos pocos eruditos exaltaron sus logros. Sin embargo, busca resaltar Sarris, lo que quedó de Justiniano no fue tanto su memoria, sino precisamente su obra. La pregunta del autor es: ¿qué aportó realmente Justiniano como individuo al mundo en el que vivió? (p. 363). Militarmente, todo parece indicar que el emperador hizo lo que todo gobernante hubiera hecho, con logros notables, pero no inimaginables para alguno de sus predecesores o sucesores, siendo más bien un continuador de la obra de Anastasio I y Justino I. Lo

mismo se puede decir de su revisión de la estructural fiscal y militar del Estado, frente a la amenaza persa y la promoción de la fe cristiana fuera de sus fronteras. Se puede decir también, según el autor, que no hay una “era de Justiniano” sin una “era de Teodora”. Sin embargo, y este es el gran mensaje de la obra, lo que más disfrutaba Justiniano eran el Derecho y la teología, materias en las cuales su legado perduraría mucho más que sus triunfos militares. Su época vio el último gran florecimiento del pensamiento jurídico romano, así como uno de los momentos más creativos de la historia del pensamiento religioso cristiano. Todo acompañado de la construcción de maravillosas iglesias. El siglo VI es definido como un siglo de la creatividad, la cual no se vio frenada por las supuestas tendencias totalitarias de Justiniano, sino por “la alteración y el daño que causaron primero la invasión persa y después la árabe en los siglos VII, VIII y IX” (p. 365). El Occidente prácticamente se olvidó de Justiniano, excepto por Pablo el Diácono en el siglo VIII, aunque en general existió un positivo recuerdo del emperador, quizá desprovisto de grandes relatos épicos.

De todas formas, Justiniano haría grandes aportes a la conformación del Occidente medieval. Sarris los resume principalmente en la influencia de sus obras arquitectónicas, que sirvieron de referencia durante siglos; paradójicamente, según el autor, su contribución a la creación del papado, sobre todo al haber considerado al papa y no al Senado como el contacto principal de la ciudad con las autoridades imperiales; y su inmenso aporte jurídico, cuyos textos continuaron siendo estudiados en el Occidente (pp. 371-372). Asimismo, también sería un punto de referencia para las autoridades seculares y eclesiásticas de los siglos XII, XIII y XIV. Por ejemplo, con sus normas sobre los trabajadores agrícolas, contribuyendo a la institucionalización de lo que tradicionalmente se define como feudalismo (p. 374). También sirvió como inspiración para el surgimiento de una élite clerical en el Occidente medieval, cuyo objeto de persecución resultó ser exactamente el mismo que tuvo Justiniano siglos antes, por lo que Sarris considera que cosas como los juicios por herejía o la Inquisición forman

parte de una “sociedad represora” que remonta sus orígenes y inspiración legal, en último término, a Justiniano (p. 374). Estos aportes de Justiniano no evitarían al final que la Cuarta Cruzada arrasara con su tumba.

Los grandes aportes de esta obra no están tanto en los hitos descritos, sino más bien en el objetivo, por lo demás logrado, de mostrar las diversas facetas de la personalidad de Justiniano: un hombre profundamente religioso, convencido de su fe ortodoxa, la cual teñía cada una de sus obras. Peter Sarris busca mostrar la agenda de Justiniano, cuyo objetivo claro era el establecimiento de una “república ortodoxa” como lo definían sus leyes, un “Estado confesional”, concepto que sigue vigente en muchas partes del mundo. Para el autor, el principal legado de Justiniano es religioso, lo que le vale ser reconocido como santo en la Iglesia ortodoxa; así como jurídico, lo que mantiene su *Corpus Iuris Civilis* como objeto de estudio en las aulas de las universidades.

En conclusión, esta obra nos permite tener una visión mucho más humana de Justiniano, considerando diversas facetas de su personalidad, unida a un relato lleno de pasión –tanto la del emperador como la del autor–. Este lenguaje emocional permite incluso empatizar y llegar a generar una familiaridad con Justiniano en las páginas de un libro que se escapa de las biografías convencionales, al mismo tiempo que mantiene una distancia prudente de la hagiografía y nos muestra a Justiniano como persona, con sus virtudes y defectos.

**Leonardo de Montecarmelo**